

## **El Tercer Mundo, ¿el final de un actor de las relaciones internacionales?**

Yannick Prost

Traducción de Roberto Rueda Monreal (CPTI-IFAL)

Se ha dicho una y otra vez que el Tercer Mundo ya no existía, que se había convertido en un conjunto demasiado complejo como para seguir considerándolo pertinente, y que la bipolaridad había formado hendiduras que desmentían la reivindicación de este inmenso Sur no alineado. Y sin embargo, no podíamos decidimos a abandonar este concepto, el bolso donde echa uno todo pero que en el fondo es muy útil. El fin de la guerra fría no dio el tiro de gracia: características comunes –un bajo nivel de vida por habitante, un tejido económico generalmente dependiente de los centros de impulso económico instalados en la regiones desarrolladas, un lugar importante ligado a la tradición en sociedades que conducen a veces difícilmente el paso a la modernidad, un sistema político a menudo insuficientemente democrático– seguían brindando un campo de reflexión sobre las condiciones del desarrollo económico en el marco de la globalización, pero también de su lugar en un sistema internacional nuevo, detonado, donde nuevas periferias y márgenes *a priori* sin importancia para los Estados hegemónicos se reconstituían y veían reproducirse conflictos y dramas humanitarios.

Las ilusiones tercermundistas o socializantes perecieron entre el fracaso de las utopías y la década perdida de los años 1980. El desmoronamiento de Estados (Etiopía, Somalia y Liberia desde finales de los años 1980), el fracaso de experiencias significativas (industrialización argelina, modelos latinoamericanos, socialismo africano), la ideología neoliberal, en pleno triunfo, invitaba a las naciones económicamente atrasadas a acompañar su necesaria democratización de una reforma económica radical, con el fin de aprovechar la globalización.

A pesar de este viraje del mundo, el Tercer Mundo parecía continuar representando un conjunto vago pero presente, más o menos informal pero no pasivo, que se apoya en la conciencia altermundista de una parte de la opinión pública del Norte para reafirmar una posición contestataria: primero que nada, la democratización de sociedades debe hallar su prolongación en la de la comunidad internacional, retomando así el antiguo debate sobre las relaciones Norte-Sur, que permanecieron desiguales a pesar de la preponderancia de los países del Sur en las instituciones internacionales. Después, la multiplicación de los disfuncionamientos de una economía globalizada, las externalidades negativas que produce en regiones mal preparadas suscitaron una violenta crítica de las estrategias preconizadas por las instituciones financieras internacionales –y Estados Unidos detrás de ellas–, misma que representa, tal vez, la espina dorsal de un alianza internacional original entre actores no estatales y un conjunto heterogéneo de Estados de tamaños e intereses muy diversos. ¿Se han confirmado estas tendencias los últimos años? ¿Puede todavía el Tercer Mundo hacerse escuchar, lograr imponerse en la agenda internacional, apoyándose en estas coaliciones prometedoras? Nada es más incierto.

*La evolución de la economía mundial divide el campo del Tercer Mundo y vuelve a centrar su agenda*

La globalización debilita las oportunidades de un nuevo orden económico negociado y universal

La reivindicación del Nuevo Orden Económico Internacional (1974) había unido a la mayoría de los Estados de la comunidad internacional. Este debía volver a equilibrar las relaciones entre Norte y Sur y especialmente permitir una mejor redistribución de las riquezas. Como toda utopía que no se apoya en ninguna medida restrictiva, permaneció en calidad de concepto, el de la transposición de la igualdad jurídica de los Estados soberanos al ámbito económico. Sin embargo, las estructuras y consignas no han sido abandonadas: el movimiento de los no alineados, el grupo de los 77 y la CNUCED han continuado su lucha, pero su voz se hace cada vez menos audible.

El Tercer Mundo sobrevivía, aún cuando el crecimiento ya había modificado las percepciones a principios de los años 1990: países convertidos en intermediarios y economías emergentes habían fracturado el conjunto. Algunos Estados parecían surgir de ahí: eran cada vez más importantes en los mercados internacionales, competían con los grandes Estados desarrollados, interviniendo a veces en cuestiones políticas (seguridad colectiva: papel de China); sin embargo, una parte importante de su población seguía en la pobreza, segmentos completos de la sociedad escapaban a la modernidad, debilitando la estructura social y política, poniendo en entredicho la idea de que el desarrollo estaba en marcha. No obstante, las economías emergentes se caracterizaban por aprovechar las oportunidades brindadas por la globalización, aceptando una parte importante de las reglas comunes: apertura de los mercados, liberalización, privatizaciones, inversiones estratégicas en la educación y las infraestructuras. Estos Estados, sin dejar de experimentar un crecimiento sostenido, continuaban compartiendo el discurso contestatario del Sur. Pero resultaban cada vez menos creíbles, a medida que sus ventajas comparativas y su inserción en la economía en red los hacía tomar parte de otra lógica. Sus compañías se convirtieron en multinacionales, participando en la estrategia global de las firmas: Infosys (India), CRVD (Brasil), Cnooc (compañía petrolera china), por ejemplo. Entonces, el discurso se modificó; en lo sucesivo, sus reivindicaciones son sobre las condiciones de esta inserción, sobre el respeto a las reglas del liberalismo por parte de sus socios, y no sobre su cuestionamiento. Un entorno estable, un buen nivel de educación y puntos de acuerdo sobre los ejes de transportes parecen ser a partir de este momento las mejores cartas. Los nuevos países industrializados ya no eran miembros del Sur en los años 1990, y un nuevo grupo parecía tomar el mismo camino: Brasil, México, Argentina, Turquía, Tailandia, China, Malasia, India, etcétera.

El consenso de Washington, que estructuraba las estrategias divulgadas por numerosos especialistas (anglosajones) y las instituciones financieras internacionales (IFI), tal vez no fue el dogma que a menudo se ha descrito y criticado violentamente. Las apuestas políticas locales, los intereses de las clases dirigentes y la naturaleza de sistemas clientelares a menudo han representado obstáculos terribles para toda política de desarrollo. No obstante la crítica y la realidad de los fracasos han modificado la forma de pensar en este ámbito, y un nuevo consenso se está delineando. Se concretiza desde hace unos años en el nuevo marco de acción de las IFI: si la desreglamentación continúa siendo

un punto fuerte de las recomendaciones, a partir de entonces se reconoce que otros factores entran en juego: cultura empresarial, respeto a la ley, seguridad y estabilidad del país. Esta última necesita una mejor cohesión social y, en consecuencia, una disminución de las desigualdades, de los gastos públicos indispensables para asegurar las necesidades primarias de las capas desfavorecidas. El crecimiento recae cada vez más en el factor humano y disminuir los costos de mano de obra ya no es suficiente: India ya experimenta una escasez de salarios calificados. De manera más general, el Estado de derecho se hace indispensable para conciliar los intereses divergentes, para evitar las explosiones sociales que concluyen en la revelación del fracaso de un modelo (Indonesia, Argentina, Venezuela, etc.) y para robustecer el marco jurídico provocando la confianza de los socios en el seno de la economía en red. Las IFI se han integrado, al menos en parte, a esta dimensión, especialmente a partir de 1999-2000 (reporte *Combate a la Pobreza*, Banco Mundial, 2000). Las potencias emergentes por sí mismas son bien conscientes de las apuestas: China se da cuenta de que los problemas rurales o los conflictos laborales podrían terminar debilitando su crecimiento.

Ciertamente, numerosos Estados del Tercer Mundo rechazan este nuevo consenso, acaso sólo porque este retoma, como corolario del buen gobierno, el tema de la democratización, a menudo percibido como molesto o insultante por numerosas naciones en la búsqueda de un difícil equilibrio interno. Sin embargo, la nueva agenda de las instituciones financieras internacionales y su distancia en relación con la hegemonía arrogante de los años 1980-1990 tiende a eliminar a un enemigo motivador y cómodo.

Como resultado, la solidaridad del Sur se debilita. Esta solidaridad, respecto de los temas políticos, ha aparecido a menudo como un mito, pero todavía podía encontrar una forma en el marco del comercio internacional. Así, esta movilización se observó de manera duradera en las negociaciones multilaterales, y más particularmente desde el lanzamiento del ciclo del milenio (1999). En conjunto, los países acusan a los países del Norte de cerrar sus mercados, y específicamente en el terreno agrícola.

Sin embargo, mientras se realizaba esta crítica, resultaba claro que la unidad del Sur no podía durar mucho. La inserción en la economía en red, y particularmente para aprovechar una parte de las descentralizaciones llevadas a cabo por las firmas del Norte, alimenta la competencia entre los países del Sur. El fin de las cuotas a la importación de los textiles en los países desarrollados reveló los estragos que podía causar... el fin de la dupla proteccionismo/acuerdos preferenciales para algunos países del Sur. Desde 2005, en el comercio de textiles, China mermó a sus competidores. El ejemplo del textil es revelador en cuanto a acuerdos preferenciales que permitían a un grupo de Estados o de regiones beneficiarse de un acceso privilegiado y, sin dejar de obtener una ventaja sobre el resto de las economías en desarrollo, les aseguraba al menos un nicho de crecimiento. Son numerosos los Estados que intentan tomar precauciones de la competencia por medio de acuerdos bilaterales, para los que negocian en una relación de fuerzas desfavorable. La polémica sobre el plátano en la comunidad, al término de la cual el órgano de reglamento de los diferendos (ORD) condenó a la Unión Europea por haber privilegiado el acceso de productos de los países Asia-Caribe-Pacífico (ACP), muestra que la lógica de la Organización Mundial de Comercio (OMC) choca con la de los acuerdos bilaterales; pero las tentativas de organizar espacios privilegiados de cooperación son una respuesta del Norte a estas demandas de países del Tercer Mundo que llegan a la mesa de negociaciones en orden disperso. En parte por interés, en parte por problemas para

estabilizar su periferia amenazada por el desmoronamiento, Europa (socio euromediterráneo, llamado Proceso de Barcelona, 1995) y América del Norte (TLC, 1994) han abierto zonas de cooperación y de libre comercio. En otras partes, los países en desarrollo se apoyan en los países emergentes más dinámicos: organización de una zona de libre comercio bajo la fachada pacífica de Asia, o incluso el Mercosur, tendiente a abarcar Sudamérica.

Sin embargo, las organizaciones regionales no permiten que se conforme un frente unido, los puentes entre ellas tardan en tenderse: una iniciativa como la reciente cumbre latinoárabe (mayo de 2005) ya no convence mucho, y tiende más hacia la diplomacia de foro que hacia un verdadero cabildeo con la Unión Europea o con Estados Unidos.

A medida que se vayan formando estos socios o estas organizaciones, los Estados más desprotegidos y los más “periféricos” serán olvidados y, en consecuencia, serán más hostiles a la fisonomía del mundo que se dibuja actualmente. A escala de la nación misma, la globalización tiende a disociar las regiones dinámicas y ganadoras de las regiones atrasadas: los campos del centro de China contra la fachada marítima, el sureste brasileño contra el noreste, la megalópolis que es la ciudad de México contra los Estados rurales del sur mexicano, etcétera. Al igual que la Guerra de Secesión, donde las diferencias demasiado fuertes entre los intereses económicos habían desgarrado la Unión, los Estados del Sur deben mantener una difícil cohesión social que a menudo supone un consenso entre etnias y regiones diferentes. La guerra de Biafra había estallado –entre otras cosas– por el beneficio del maná petrolero.

### Algunas apuestas globales conservan una Agenda Norte-Sur

Si bien el acceso a los mercados de bienes parece ser el tema emblemático, y sin embargo engañoso, de la movilización del Tercer Mundo, otros asuntos se inscriben en un marco de lectura Norte-Sur.

La ayuda pública para el desarrollo sólo concierne a una parte de los países del Tercer Mundo, pero la cuestión del endeudamiento es más general y se declina en dos niveles.

Antes que nada, se trata de ajustar cuentas con los que nunca van a pagar. El pago de la deuda abultada de los Estados más pobres está en proceso de ser regulado. La iniciativa a favor de los países pobres muy endeudados (PPME), lanzada en la reunión del G7 en Lyon en junio de 1996, se complementó con las medidas tomadas en la reunión del G8 en Gleneagles (julio de 2005). 29 países alcanzaron el punto de decisión, que corresponde a una amortización temporal y a la definición de un calendario para deshacerse de la deuda en los siguientes 12-18 meses. Una gestión unilateral, aunque responde a un consenso de la opinión pública, desecha por definición el diálogo, sin interés alguno dado que todas las cartas están en manos de los acreedores. En cambio, es urgente reflexionar sobre las condiciones a plantear para que no sobrevenga un sobreendeudamiento.

Después, el endeudamiento de los Estados de gran importancia, de renta intermedia, continúa suscitando preocupaciones. Aumentó 10 puntos en promedio en diez años, alcanzando el equivalente al 70% del PIC de estos países. Después de la serie negra –México (1994), crisis asiática (1997), Rusia y Brasil (1998), Argentina (2001)–, se trata

de evitar las crisis financieras sin dejar de facilitar el acceso al capital, hoy en día recurso más difícil de encontrar que el trabajo. La estabilidad financiera es una suerte de bien público mundial para el que todos los países en desarrollo deben de colaborar con el fin de imponer su punto de vista a los países que poseen el capital: rechazar la imposición de las instituciones financieras internacionales, y compartir el costo de las crisis – particularmente eliminando la incertidumbre moral que beneficia a los inversionistas privados. La redefinición de la arquitectura financiera internacional es un campo esencial de cooperación y también de enfrentamiento de puntos de vista para el Sur; la cuestión se complica con la emisión de títulos de deuda, que dispersa a los interlocutores y hace difícil la elaboración de soluciones negociadas. El caso argentino muestra muy bien las dificultades planteadas por la nueva configuración. Mientras su crecimiento se mantuvo a un ritmo sostenido, Argentina muestra una evidente mala fe para pagar su deuda. Las acciones judiciales entabladas por personas físicas y morales en los países del Norte a menudo resultaron ineficaces, y el Fondo Monetario Internacional (FMI) se encuentra sin medios de presión para obligar a Argentina a proponer un compromiso honorable: Argentina escapa a las consecuencias de su deuda. Algunos verán en eso una victoria de los países del Tercer Mundo, pero esta suscita muchas interrogantes sobre el valor de los créditos hacia los Estados emergentes en general, y a la larga sobre las posibilidades de su financiamiento estable.

La participación en la economía del conocimiento es una segunda apuesta de movilización. Esta participación presupone investigaciones considerables, aunque también una definición de las reglas de los intercambios y de las redes y de la propiedad intelectual.

El equipamiento en nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (NTIC), esencial, experimentó un retraso importante en la década pasada, y el abismo se volvió enorme entre los países del Sur y los del Norte. Sólo los países que se volvieron emergentes intermedios han sostenido el mismo ritmo de progreso. Entonces, el esfuerzo de inversión deberá ser considerable durante la presente década.

Pero más que las infraestructuras, es la matriz de la red Internet lo que se vuelve fuente de conflicto: esta concierne directamente la gobernanza mundial y el lugar que en ella deben de tomar los países en vías de desarrollo (PVD). El dominio estadounidense, vía los servidores raíz e ICANN, es vigorosamente puesto en entredicho por numerosos Estados, especialmente China, Irán y Cuba. La apuesta es considerable tanto para la economía de Estados Unidos, cuyo crecimiento reside esencialmente en las NTIC, como para los Estados que rechazan una hegemonía virtualmente devastadora a causa de su seguridad. Las dos primeras cumbres mundiales de la sociedad de la información (Ginebra en 2003 y Túnez en 2005) dieron cuenta de cómo las reivindicaciones del Sur desembocaron en un proyecto de cooperación y de gestión multilateral de las infraestructuras de Internet. Más allá de esto, la “fragmentación” de la red en espacios no compatibles e interconectados de manera simple representa un peligro: pero algunos Estados, particularmente los de los regímenes autoritarios del Sur, tendrían interés en que una grieta de este tipo sucediera, lo que les permitiría controlar mejor los flujos y, *in fine*, la libertad de expresión. La filtración de los recursos por parte de Google ante la demanda de Beijing, muestra que las potencias emergentes pueden adherirse a la globalización con una mentalidad muy distinta a la que presidió al auge de Internet.

La propiedad intelectual es el tercer aspecto de las relaciones Norte-Sur que

influye sobre la definición de la economía del conocimiento. El nuevo capitalismo reside en una preponderancia del capital inmaterial, con inversiones iniciales muy pesadas y un rendimiento unitario despreciable. Una renta a modo parece ser necesaria para que las empresas puedan salir beneficiadas. La protección de la propiedad intelectual es uno de los temas de los Acuerdos sobre los aspectos del Derecho de la Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC, 1995). Estos acuerdos prevén una flexibilidad a favor de los PVD, con el fin de que puedan acceder a las nuevas tecnologías, pero la interpretación y el terreno siguen siendo temas de negociación: el acuerdo sobre los medicamentos genéricos (2003) se concretó después de una apasionada polémica; de manera más general, las reglas de la ADPIC permiten derogar el derecho de la propiedad intelectual para proteger la salud pública (declaración de Doha, 2001). Pero, ¿dónde se trazará la línea divisoria entre la indispensable concesión para que los PVD obtengan ciertos productos y tecnologías necesarias para salir de la pobreza y el subdesarrollo, y la actitud del polizón que se roba el esfuerzo de investigación y desarrollo, o hasta el saqueo de capital de las economías desarrolladas por la falsificación?

Finalmente, los países del Sur comparten las mismas preocupaciones ante una cuestión social todavía explosiva: mientras la fuerza de inercia de la explosión demográfica, aunada al éxodo rural, aporta mano de obra considerable al mercado de trabajo urbano, amenazando la cohesión social ante la ausencia de un sistema de protección y de compensación adecuado, la rápida apertura de los mercados que exige la OMC corre el riesgo de agravar, en el corto plazo, los problemas de ajuste entre la oferta y la demanda de trabajo. El hiato se traduce en dos fenómenos sensibles: el aumento del desempleo y la migración, este último afecta de manera evidente, a partir de ese momento, las relaciones Norte-Sur.

Aunque la opinión pública de los países desarrollados se preocupe por las descentralizaciones, la competencia impuesta a la economía emergente, y sobre todo a un sector agrícola poco competitivo, tiende a agravar el desempleo. Este ha aumentado en todas las regiones del mundo, excepto en África del Norte y Medio Oriente. Mientras los problemas rurales afectan periódicamente a Latinoamérica y China, y los conflictos laborales se multiplican en las aglomeraciones chinas, los negociadores de los países emergentes no quieren firmar un acuerdo que sería, en el corto plazo, muy perjudicial para su agricultura: más que un problema de factura comercial, se trata de una cuestión social y política. China e India, como la mayoría de los PVD, sufren de una precaria mano de obra calificada, y algunos sectores dinámicos, como el *back office* informático, actualmente bien posicionado en India, son frenados por este motivo.

Este fenómeno, sin que sea la única causa, produce migración. A pesar de que no todos los países del Sur son exportadores de migrantes, todos se ven afectados por el trato a los inmigrantes clandestinos en los países del Norte. El endurecimiento de las políticas migratorias, las expulsiones y las duras imágenes de las barreras físicas que se levantan (alambres de púas y torres de observación en Ceuta, muro en la frontera entre México y Estados Unidos) ofenden a la opinión pública y remiten el tema al marco de referencias anticoloniales. Habría que añadir, para ser justos, que la migración también se alimenta del fracaso de las sociedades del Sur, de la búsqueda de un marco de vida más agradable, o más humano, con perspectivas de carrera y de plenitud de iniciativas personales más sólidas. El eterno sueño americano... La fuga de cerebros es un tema añejo, pero va a tomar una agudeza aún más sensible estos próximos años, cuando la

necesidad de mano de obra calificada, de “talentos”, va a volver la oferta de las empresas del Norte aún más atractiva. Entonces, la migración es tanto un exutorio de una mano de obra sobreabundante y fuente de transferencias esenciales para algunas economías, como una desventaja mayor para el desarrollo del Sur. En el Norte, el requerimiento de mano de obra de algunos sectores y la necesidad de sostener una demografía en declive no impide las interrogantes sobre la capacidad de integración y de reacción de un sistema de protección social y urbanismo deficiente. Finalmente, para todos, la migración clandestina representa un drama humano (cientos de ahogados a lo largo de las Canarias, muertos en el desierto estadounidense) y un beneficio para las redes mafiosas. De ahí una necesaria cooperación. La escala global se presenta como inadecuada porque los aspectos del problema siguen siendo muy diversos y específicos en ciertos continentes. Por otro lado, ciertos Estados del Sur se encuentran en una situación singular en la que son conminados a parar los flujos que pasan por su territorio (Marruecos, Libia). Para expulsar inmigrantes clandestinos, su país de origen tiene que reconocerlos, lo que no siempre ocurre –lo que explica la situación aberrante en la que un Estado rechaza su competencia personal, elemento principal de su soberanía, pero la retoma cuando el inmigrante queda regularizado (influencia sobre la diáspora, transferencias unilaterales). La conferencia Europa-África sobre la inmigración clandestina (Rabat, julio de 2996) reunió a las delegaciones de 57 países para adoptar un plan de acción que tuviera contemplada la implementación de sistemas eficaces de readmisión de inmigrantes que hubieran entrado ilegalmente a Europa, la cooperación judicial y policial, así como incentivos fiscales y financieros para las diásporas africanas con el fin de que participaran en el codesarrollo de su país de origen.

Estados Unidos deberá comprometerse en el mismo diálogo con América Latina. Las relaciones con México ya de por sí se encuentran deterioradas por una gestión mal manejada sobre el tema por Washington, mientras una corriente antiinmigrante exige un reforzamiento de la legislación (*cf.* Proyectos de ley durante el año 2006).

### *El balance moderado de la acción en el seno del gobierno mundial*

#### El fin de la gran alianza tercermundista

La gran alianza, que había marcado los años 1960 o 1990, podría debilitarse. Se basa en un encuentro entre la conciencia progresista del Norte y el frente unido de los PVD. Ahora bien, el gran juego del subsidio al trabajo y a la actividad económica divide a la población del Norte y a la del Sur, al menos aparentemente. Además, la violencia islamista, parecida a una barbarie de un Sur decididamente incomprensible, afecta la posición estadounidense desde principios de los años 2000. Finalmente, podría decirse que las desilusiones sobre los regímenes del Sur, nacidos con el descubrimiento de las “utopías mortíferas” de los años 1970, alimentadas por el sentimiento de una corrupción y un clientelismo generalizados, suscitan una mirada más crítica.

Sin embargo, hay que reconocer que las organizaciones de la sociedad civil han representado un peso considerable en la escena internacional, y particularmente en las relaciones Norte-Sur durante estos últimos diez años. Han sido el elemento motor que ha

permitido a los países del Sur reaccionar ante la dirección que tomaba el ciclo del milenio para la OMC. Han aportado su trabajo especializado, organizándose en red –Third World Network, Focus on the Global South–, y con el mismo han mantenido a los Estados suficientemente colmados de especialistas en ocasión de las conferencias ministeriales. Su acción finalmente fue reconocida por la Comisión Europea, que estableció un grupo de contacto de la sociedad civil (2000).

La alianza se basa en un cuestionamiento a la visión liberal del comercio internacional. Antes que nada, reivindica una mejor equidad en los intercambios, que debe basarse en un tratamiento especial y diferenciado para los PVD, con un derecho derogatorio (salud pública, industria, agricultura, inversiones). Primero, es necesario rechazar nuevos acuerdos comerciales regionales de liberalización de los intercambios al estilo de la Zona de libre comercio de las Américas. Después, las negociaciones multilaterales deben precisar lo concerniente o no a la esfera de negociaciones. Finalmente, es necesario reformar las instituciones de la gobernanza mundial, reconociendo la preeminencia de los derechos universales: derechos humanos, pero también derechos sociales de la Organización Mundial de la Salud (OMS), de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), medio ambiente, etcétera. Sin embargo, a veces las prioridades no coinciden: si bien los PVD desean el fin de las subvenciones y el acceso a los mercados del Norte, la mayoría de los altermundistas se oponen a esta política y divulgan una soberanía alimentaria.

Pero en el seno mismo de los Estados, la divergencia de intereses, de oportunidades y de grados de poder desgarran la coalición, dejándole al Tercer Mundo solamente la retórica de los foros internacionales. Se recompone según las geometrías variables, más o menos eficaces en su trabajo de cabildeo en la escena internacional.

Las organizaciones regionales sólo valen cuando se organizan en la estela de una gran potencia –de ahí el interés del Mercosur y las relaciones que intenta establecer con la Unión Europea. Las grandes organizaciones de masas, heredadas de los años 1960, ya no son convincentes: el G90, enfocado en el proteccionismo del Norte; el Movimiento de los no alineados que ya no sirve de tribuna para el bando de los antiestadounidenses. Así, la cumbre de la Habana (septiembre de 2006), que reunió a los representantes de 118 Estados, condenó la ofensiva israelí contra el Líbano y reafirmó su apoyo a una salida pacífica a la crisis iraní (“derecho de Irán a desarrollar energía nuclear con fines pacíficos”), se instaló una Secretaría permanente en Nueva York y la presidencia está cubierta durante tres años por... Cuba. La CNUCED, por su parte, intenta organizar un ciclo de negociaciones comerciales para los PVD, reuniendo a los ministros de Comercio antes de las conferencias ministeriales de la OMC, pero todos saben que las decisiones se toman en otra parte. El G77 creó un fondo del Sur para el desarrollo y la acción humanitaria (Doha, junio de 2005), pero, ¿quién lo alimentará? Este regreso a la diplomacia de megáfono recuerda los fracasos de los años 1960-1970, el de la multiplicación de las cartas y de las resoluciones, “derecho blandengue” que jamás logra modificar la relación de fuerzas ni la realidad de las responsabilidades de los dirigentes del Sur ante su fracaso.

Los pesos pesados del Sur juegan sus propias cartas y dejan de jugarlas de manera colectiva: tal como el fracaso de la ONU y de las instituciones financieras internacionales había propiciado el regreso a una diplomacia de club de grandes potencias del Norte (P5, que reúne a los cinco Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad, G7), el

estancamiento del multilateralismo “democrático” abre el camino para un ensanchamiento del concierto de las naciones que cuentan. El G20, que suma estas potencias emergentes al G7, ofrece una lista significativa: Corea del Sur, Turquía, India, Brasil, Sudáfrica, Argentina, Arabia Saudita, México, China, etcétera. Esta última representa una categoría aparte: es una potencia ineludible, socio estratégico de los grandes (Unión Europea y Estados Unidos), potencia financiera con cerca de un millón de millones de dólares de reservas económicas, pero cuya sociedad está lejos de salir del subdesarrollo.

Cada uno lleva una política nacional que intenta poner en sintonía con las coaliciones de intereses, no sólo con las temáticas de la agenda Norte-Sur, sino también con la global. El discurso a favor del Sur no está descartado: la triada Sudáfrica-India-Brasil (SIB) representa esta mezcla entre portavoz de los pueblos en desarrollo y diálogo de potencia. Se trata por el momento, esencialmente, de una coordinación de posiciones antes de las grandes cumbres, particularmente las de la OMC. La cumbre Sur-Sur de Brasilia (13 de septiembre de 2006) tenía previstos, sin embargo, otros temas: la obtención de un asiento como miembro permanente en el Consejo de Seguridad para un Estado del Sur, la firma de un acuerdo de libre comercio entre el Mercosur, la Unión Aduanera del África Austral (SACU) e India, y una cooperación nuclear civil en el marco de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA).

El tono es más moderado, la voz de la potencia y, por ende, de las responsabilidades, sustituye a la de los dirigentes revolucionarios. De hecho, para los excluidos de este amplio club, no queda más que la adscripción, el clientelismo, o bien el rechazo en el clásico discurso de la nación proletaria, explotada por el Norte. Estos últimos años, tres corrientes han traducido este desacuerdo con el orden mundial: la renovación del islamismo, el discurso antineocolonialista histórico de África y el populismo de izquierda de América Latina.

### Los Estados del Sur sufren para reformar las instituciones internacionales que cuentan

Desde hace mucho tiempo, aprovechando el número que supone la igualdad jurídica de los Estados soberanos, los Estados del Sur se presentaron en los grandes foros internacionales para expresar su revisionismo del sistema internacional. Esta es la razón mayor del fracaso del multilateralismo: el principio poco realista de la igualdad entre las Islas Fidji y Estados Unidos, y, más grave aún, entre Libia y una democracia desarrollada, condenaba a esos foros a la ineficacia. Desde entonces, las únicas instituciones que han podido actuar –Consejo de Seguridad, G7 y FMI– han permanecido herméticos, a excepción de la OMC –pero, ¿por cuánto tiempo más?

Ponderando las voces, el FMI traduce la desigualdad de participación en el sistema monetario internacional. Fuera de los errores de diagnóstico y de estrategia, se le ha reprochado no representar la democracia inherente a una sociedad internacional armoniosa. Pero, ¿se les permitiría a individuos en quiebra, o susceptibles de estarlo, tomar el control del consejo de administración de un banco nacional? Puede apostarse que las decisiones al respecto no serían mucho mejores, y que la quiebra del banco estaría garantizada. Sin embargo, legítimamente podemos hacer notar que la influencia enormemente fuerte de los centros de negocios y del Departamento del Tesoro de Estados

Unidos ha capacitado al FMI en los manejos que conocemos. Se necesita una reforma, tanto en el papel a desempeñar como en su funcionamiento. El G24, establecido en 1971 para dar voz a los PVD sobre cuestiones monetarias y financieras, puede aportar la contradicción entre los pormenores de una doctrina conservadora, pero nunca ha tenido un peso verdadero y nada indica que eso pueda cambiar. En cambio, la reevaluación de las cuotas representa un mejor medio que deben tomar en cuenta... las potencias financieras emergentes. Así, la primera reevaluación en provecho de los países del Sur benefició a China, a Corea del Sur, a México y a Turquía (septiembre de 2006). Podrían seguir otros, falta todavía extenderse hacia el cálculo del poder financiero real de estos nuevos participantes.

Este tipo de reevaluación presidió la puesta en marcha del G20, ampliación informal del G7. La existencia del G7 a menudo es criticada por las mismas razones que legitiman su lugar: el realismo del poder. Al constatar la inestabilidad monetaria y la incapacidad de las IFI para confrontar, las grandes potencias de estos ámbitos han intentado coordinar su acción. Este tipo de cooperación se ha extendido a otros terrenos – como la lucha contra el terrorismo o el lavado de dinero, aunque también el mantenimiento de la paz (Kosovo, 1999). La estabilidad financiera, considerada tal vez como un “bien público internacional” que necesita una hegemonía para anclar las políticas: mantener un mercado abierto cuando la crisis comienza, sostener el flujo de préstamos anticíclicos, maniobrar para la estabilidad de los cambios, coordinar las políticas macroeconómicas y garantizar el papel de prestamista como último recurso. La hegemonía puede ser lo hecho por una sola potencia o por un grupo suficientemente coordinado. En concreto, debe abrirse para asociar a los países emergentes a fin de sopesar la talla crítica con lo eficaz de su intervención. El G20 continúa siendo, por ahora, una organización con resultados relativamente modestos, cuyos miembros fuera del G7 no están asociados al Foro para la Estabilidad Financiera (instancia de coordinación de la acción de las instituciones financieras internacionales).

A partir de la conferencia de Seattle en 1999, los países del Sur conformaron un frente unido, rechazando los dictados de Singapur pero exigiendo la reducción de los apoyos a los agricultores del Norte. Sin embargo, más allá del tema agrícola, la coalición ya no existe en realidad, las alianzas *ad hoc* se forman para cada negociación sectorial. Incluso en el expediente agrícola, la frontera Norte-Sur se borra con la intervención del grupo de Cairns, que reúne a países desarrollados y PVD. El diferendo de la protección a los mercados y subvenciones agrícolas en el Norte formó una amplia coalición contra el duopolio estadounidense-europeo. Pero, al estudiar más de cerca la organización del diferendo, volvemos a encontrar de nuevo este enfoque contrahegemónico que caracteriza a las potencias emergentes: reuniones restringidas (“miniministeriales”) que asocian a China, Brasil e India al duopolio ya mencionado, o incluso a un vago G20 (no confundir con el G20 financiero) o de un G33<sup>xx</sup> cuya fuerza de impulso es proporcionada por un núcleo de potencias regionales (China, Sudáfrica-India-Brasil, entre otras).<sup>xxi</sup> Si bien el fracaso de la conferencia de Cancún, en 2003, fue vista como una victoria de los países del Sur, no es seguro que se puedan cantar en el futuro: sin perspectivas de un mejor acceso a los mercados del Norte, los Estados del Sur se vuelven a reunir para negociar de manera bilateral con la Unión Europea o Estados Unidos. De todas formas, las esperanzas suscitadas por la liberalización de los mercados, que debería aportar ganancias a las

economías del Sur, son netamente inferiores según los estudios más recientes: el incremento de la producción sería, sobre todo, lo realizado por países desarrollados del grupo de Cairns y Brasil, Argentina y Tailandia. Algunos países, especialmente los menos avanzados, al ver cuestionado su tratamiento preferencial, volverían a encontrarse como perdedores.<sup>xxii</sup>

Finalmente, la gobernancia mundial se ejerce por una tentativa de puesta en marcha de la seguridad colectiva, bajo la égida del Consejo de Seguridad. La crítica que cuestiona la legitimidad o las modalidades de composición de este se intensificó desde finales de la guerra fría, y particularmente después de las decepciones suscitadas por la multiplicación de los conflictos huérfanos. Se le reprocha dar una imagen obsoleta de la repartición de poder en el mundo, que se traduce en un dominio del Norte que ya no es tolerable. A partir de entonces, sería necesario que cada continente pueda estar representado por un miembro permanente, y que las nuevas potencias estén presentes. La lista de candidatos es larga: Japón, Alemania, Brasil, India, Nigeria, Pakistán, Sudáfrica, Indonesia, etcétera. En el plano formal, será difícil obtener el acuerdo de los cinco Estados miembros permanentes actuales; después, los disensos entre los candidatos volverán complicados los arbitrajes. Ahora bien, no es realista integrar a todos. La representatividad fomenta el amor propio en los pueblos, no apuesta por un mejoramiento de los mecanismos. En lo concerniente al mantenimiento de paz, más vale la eficacia y el realismo. Para esto, es necesario tomar en cuenta las relaciones de fuerza, pero también el poder real y la influencia. Tal vez, estas se exacerben en el caso de las sociedades frágiles, donde la inmadurez de las estructuras conlleva una gran violencia civil (Sudáfrica), crisis financieras y grandes tensiones sociales (Brasil, Argentina, México), fuerzas centrífugas y escalada del islamismo (Pakistán, Indonesia, Nigeria). La reforma del derecho a veto es un proyecto más sensato, pero implica tal vez la emergencia del mantenimiento de la paz por parte de coaliciones del Norte. A pesar de sus imperfecciones, el Consejo de Seguridad logra concretar algunos éxitos, y la madurez puede igualmente considerarse como una ventaja en el manejo de las crisis.

Así, como toda alianza muy amplia y con intereses muy vagamente definidos, el Tercer Mundo pierde cohesión: en efecto, la rápida evolución del mundo en sí misma hace que pierda sentido este tipo de alianza, y si además el Sur intenta imponerse en la gobernancia mundial, la aparición de una nueva categoría de potencias emergentes complica el sistema Norte-Sur, cada vez más rebasado. El mito continúa, tal vez, porque conlleva la esperanza del Sur y sigue siendo una causa militante honorable para el Norte. La solidaridad con los pobres del Tercer Mundo permanece como un momento importante de la conciencia humana. En cambio, a partir de este momento hay que considerar que ciertos Estados del Sur tienen un papel que desempeñar en el juego del poder.

### **Yannick Prost**

Tiene una *agrégation* en Historia y es ex alumno de la Escuela Nacional de Administración (ENA). Alto funcionario y maestro de conferencias en el Instituto de Estudios Políticos (IEP) de París. De igual forma, es profesor de relaciones internacionales en el Centro de Preparación de la ENA (París I-Escuela Normal Superior –ENS– y en el Centro de Preparación del Ministerio de Economía y Finanzas).

## **Revue des revues, sélection de décembre 2007**

Yannick Prost: « Le Tiers Monde, la fin d'un acteur des relations internationales ? »  
article publié initialement dans *La Revue Internationale et Stratégique*, printemps 2007.

### Traducteurs :

Anglais : Asha Puri  
Arabe : Selmane Ayache  
Chinois : Yan Suwei  
Espagnol : Roberto Rueda Monreal  
Russe : Ekaterina Belavina

### Droits :

© Yannick Prost pour la version française  
© Asha Puri /CEDUST de New Delhi  
© Selmane Ayache /Bureau du Livre de l'Ambassade de France en Algérie pour la version arabe  
© Yan Suwei /Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise  
© Roberto Rueda Monreal /Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole  
© Ekaterina Belavina /Centre culturel français de Moscou pour la version russe